

ha sido más que medio. La unidad católica era una forma transitoria, porque no tenía más que una misión temporal. El catolicismo estaba llamado á educar á los pueblos bárbaros; perdiendo de vista esta misión, ha pretendido dominar sobre las inteligencias en virtud de un derecho divino. Esta es la historia de todas las castas: se invoca como un derecho al imperio la capacidad que impone un deber. La verdadera ley divina consiste en el desarrollo de las facultades humanas, y sin libertad de espíritu no hay vida ni progreso, ni aún verdadera moralidad. La humanidad ha rechazado á los tutores que querían eternizar su tutela. Los pueblos han roto una unidad que no era ya más que la tiranía de las inteligencias. Sin embargo, la unidad católica ha dejado huellas profundas. La civilización que hoy reina y que une á las naciones tiene su principio en el cristianismo y en las poblaciones germánicas. Esta unidad intelectual es una imagen del porvenir. Las naciones no perecerán, porque son de Dios, pero se volverán á unir por lazos que llevan más y más hácia la unidad.

CAPÍTULO II.

CONVERSION DE LOS BÁRBAROS.

§ I.—La invasión de los Bárbaros y la propagación del cristianismo.

Hemos presenciado la lucha secular del cristianismo contra el mundo antiguo (1); cuando llegó la invasión, la lucha había cesado. El cristianismo parecía vencedor; era más bien vencido, porque había tenido que amoldarse á las costumbres de la sociedad antigua; infectado con la corrupción romana, moría con el Imperio. Pero en esta ocasión llegan los Bárbaros. No se sabe si han venido á conquistar el mundo ó á abrazar la fe cristiana. Su conversión es tan fácil, tan rápida, que se ignora la época y las circunstancias en que tuvo lugar. ¿Cuándo se hicieron cristianos los Vándalos, los Suevos, los Alanos, los Lombardos? No se sabe. La tradición cuenta que el terror inspirado por la invasión de los Hunnos obligó á los Borgoñones á buscar un apoyo en el Dios de los cristianos. Los prisioneros arrojaron la primera semilla del Evangelio entre los Godos; la nación en masa se convirtió, cuando, arrojada por los Hunnos, le dió la hospitalidad el suelo del Imperio.

Los pueblos bárbaros abrazaron la fe cristiana en una época en que la secta dominante era el arrianismo; se hicieron, pues, ar-

(1) Véase el tomo IV de mis *Estudios*.

rianos. La conversion de los Francos fundó el catolicismo. Se ha dicho que Clodoveo no recibió el bautismo más que por atraerse las poblaciones católicas, y por tanto, enemigas de los Borgoñones y de los Visigodos arrianos que reinaban en el Oeste y Mediodía de las Galias (1). Nosotros creemos que las grandes cosas no tienen lugar por los cálculos del egoísmo y de la hipocresía. La conversion de Clodoveo no fué más que la iniciación del mundo germánico en el Evangelio y en la civilización. Si no cautivó al bárbaro la pureza de la moral evangélica, le impuso el poder del Dios de los cristianos; un sentimiento religioso le hizo inclinar la cabeza bajo la mano de San Remigio. Los Francos le siguieron en el bautismo. El arrianismo desaparece, y el mundo bárbaro se hace católico.

La facilidad de estas conversiones revela el lazo íntimo que existe entre el cristianismo y los Bárbaros. Asustados de las desgracias que acompañaron á la invasión, los Romanos en su desesperación negaron el gobierno de la Providencia; un escritor eclesiástico, inspirado por San Agustín, respondió á aquellos débiles cristianos: «Ved la Iglesia de Cristo extendida por Oriente y por Occidente, los Hunnos, los Suevos, los Vándalos, los Borgoñones, innumerables pueblos convertidos al Evangelio, y prosternados ante los designios de Dios; alabad y ensalza su misericordia» (2). Los Bárbaros eran los auxiliares enviados por Dios para separar los restos del paganismo antiguo y para fundar la Iglesia católica. Su genio sencillo y puro se acomodaba mejor al cristianismo que la sociedad civilizada, pero corrompida, del Imperio. Por otra parte, la religion de los Germanos estaba más cerca del Evangelio que del politeísmo romano; los dioses del Norte resistieron menos á la predicación cristiana que los dioses gastados y caducos del

(1) PLANK, *Geschichte der christlichen Gesellschaftsverfassung*, t. II, p. 44.

(2) OROS., *Hist.*, VII, 41: «Si ob hoc solum Barbari Romanis finibus immixti forent, quod vulgo per Orientem et Occidentem Ecclesie Christi Hunnis, Suevis, Vandalis et Burgundionibus, diversisque innumeris credentium populis replentur, laudanda et attollenda Dei misericordia videretur.»

El mismo pensamiento se encuentra en el tratado de *Vocatione Gentium* (II, 33), atribuido á San Próspero: «Ex omni gente, ex omni conditione adoptantur quotidie millia senum, millia juvenum, millia parvulorum, et affectibus gratia christiana, etiam ipsa quibus mundus teritur, arma famulantur.»

Olimpo. Las creencias poco desarrolladas de los Germanos cedieron á la acción de una creencia fija que se confundía con la civilización romana; los vencedores tomaron la religion de los vencidos del mismo modo que adoptaron su derecho, su cultura y su lenguaje. La pompa del culto católico era un atractivo para la imaginación sencilla de los Bárbaros. Cuando Clodoveo recibió el bautismo, las calles de Reims estaban adornadas con tapices, el suelo sembrado de flores, ardian perfumes en abundancia; el obispo, vestido de pontifical, marchaba al lado del rey franco, á quien llamaba su hijo espiritual: «Padrino, le dijo el rey maravillado de aquel espectáculo, ¿no es éste el reino de los cielos á que has prometido conducirme?» (1). Motivos más mundanos influyeron sobre los Bárbaros: el interés político, el deseo de atraerse las poblaciones vencidas. Pero estas razones son de segundo orden; no llevemos nuestros cálculos á una edad en que la fe era ciega, pero por esto mismo más desinteresada que la nuestra.

Los Bárbaros que han invadido el Imperio están convertidos; pero hay todavía todo un mundo bárbaro en el Norte de la Europa. El cristianismo encuentra una violenta oposición entre las poblaciones paganas de la Alemania, de Dinamarca y de la Suecia. ¿Por qué los pueblos germanos, que durante la invasión corren, por decirlo así, á recibir el bautismo, se apegan con tanta fuerza al culto pagano en su patria? Porque la lucha era tan política como religiosa. El paganismo es una religion esencialmente local, se confunde con la naturaleza exterior que diviniza: la fe se concentra sobre las fuentes, los árboles, las rocas, los templos. Los Bárbaros que dejaban el suelo natal, abandonaban en cierto modo los dioses de sus antepasados, al paso que los pueblos que permanecían en sus hogares tenían ante sus ojos sus dioses vivos (2); el Dios nuevo que se les anunciaba se vió obligado á luchar con las divinidades nacionales. Con razón los pueblos del Norte recibieron con desconfianza la buena nueva: el cristianismo era como el precursor de la dominación extranjera, allí donde venía en pos

(1) *Gesta francor.*, ad a. 496 (BOUQUET, t. II, p. 9).—*Vita Remigii*, en BOUQUET, t. III, p. 337.—THIERRY, *Historia de la conquista de Inglaterra*, lib. I.

(2) GIBBON, *Memorias*, t. II, p. 235.—LÆBELL, *Gregor von Tours*, p. 266.

de las armas francas; fué preciso que los Apóstoles sellasen la fe con su sangre; su heroísmo domó á los hombres de hierro del Norte.

Los misioneros han sido tan pronto ensalzados como despreciados. Oigamos al poeta del cristianismo: «He aquí, dice *Chateaubriand*, otra de esas grandes ideas que no pertenecen más que á la religion cristiana. Los cultos idólatras han desconocido el entusiasmo divino que anima al apóstol y al Evangelio. Los mismos filósofos antiguos no han abandonado jamás las delicias de Atenas para ir á humanizar al salvaje, á instruir al ignorante; cosa que los religiosos cristianos han hecho y hacen todavía todos los días. Los mares, las tempestades, los hielos del polo, los fuegos del trópico, nada los detiene; no hay isla ni escollo en el Océano que haya podido ocultarse á su celo; y, así como en otros tiempos habia pocos reinos para la ambicion de Alejandro, la tierra es hoy pequeña para su caridad.»

Comparemos este cuadro poético con las recriminaciones de los escritores protestantes. Monjes fueron los que predicaron la palabra de Dios á los Anglo-Sajones, á los Germanos, á los Daneses, á los hombres del Norte; ahora bien, ¿podian, siendo monjes, estar animados de sentimientos puros y elevados? El odio al monacato ciega á los historiadores de la Reforma; atribuyen á los misioneros los vicios de los religiosos del siglo xv; el orgullo, la ambicion, la avaricia, la ignorancia (1).

Nos es fácil ser más justos en nuestras apreciaciones que los escritores católicos y protestantes. No, las misiones no son una idea nueva que pertenece al cristianismo: el budhismo ha tenido sus misioneros, muchos siglos ántes de que se predicase el Evangelio; y aquellos misioneros estaban animados por una caridad tan ardiente como la de los apóstoles del Evangelio. Pero léjos de nosotros la idea de rebajar á los hombres que han abierto á la Europa el camino de la civilizacion; preferimos la exageracion del entusiasmo á las calumnias del espíritu de partido. Los Gregorios, los Bonifacios, los Anscarios, merecen ser colocados entre los santos del catolicismo; merecen más: son los bienhechores de la humanidad.

(1) MOSHELM, siglo VII, 1.^a parte, c. I, § 4.

§ II. — Conversion de la Inglaterra.

San Gregorio explicaba al pueblo romano las profecias de Ezequiel, cuando oyó que los Lombardos habian pasado el Po para asediar á Roma. La desolacion de Italia entregada á los Bárbaros arrancó un grito de dolor al gran Papa: «¿Qué hay en este mundo que pueda agradarnos? Vemos por todas partes duelo, por todas oimos gemidos. Las ciudades son destruidas, las campiñas despobladas, la tierra es una soledad. No hay ya un labrador en los campos, casi ni un habitante en las ciudades, y estos miserables restos del género humano mueren de día en día y sin descanso. ¿Qué hay, pues, en esta vida que pueda agradarnos? La misma Roma, en otros tiempos la señora de las naciones, ya vemos en qué estado se encuentra. Abandonada por sus ciudadanos, insultada por sus enemigos, llena de ruinas... ¿Dónde está el Senado? ¿Dónde está el pueblo? Pero ¿qué digo? Los edificios mismos se arruinan, los muros se caen...» (1).

Roma está en ruinas; el Imperio está en ruinas; Gregorio se cree en vísperas del fin del mundo. Pero no es más que el fin del mundo antiguo; otro nuevo mundo empieza. En esta nueva edad Roma será una vez más la señora de las naciones, su dominacion espiritual se extenderá aún más léjos que las armas del pueblo rey. El genio romano se pone al servicio de la propaganda cristiana. Roma no tiene ya legiones; pero tiene soldados más heroicos, monjes que van á afrontar la muerte en medio de poblaciones semi-salvajes. San Gregorio, que deplora la decadencia de la Roma antigua, da comienzo á la grandeza de la Roma nueva; él es quien da impulso á la propaganda con la conversion de la Inglaterra.

El cristianismo habia sido llevado á las Islas Británicas por comerciantes del Asia Menor, pero la guerra destruyó lo que el comercio habia sembrado. Los Anglo-Sajones, paganos y semi-

(1) GREGOR. MAGN., in *Ezechiel. homil.* II, 6, 22 y sig. (t. I, p. 1374).

salvajes, arruinaron la Iglesia cristiana; Inglaterra volvió á caer en el paganismo. San Gregorio tuvo la ambicion de ser el apóstol de los Ingleses. Hijo de senador, descendiente de emperadores y de cónsules, empleó su fortuna en fundar monasterios, y él mismo abrazó la vida monástica. Al pasar un dia por el *Forum*, «vió puestos á la venta unos niños extranjeros que le llamaron la atencion por la blancura de sus cuerpos, la belleza de sus rostros y el color claro de sus cabellos. Preguntó al comerciante de esclavos de dónde eran. Éste le respondió: De la isla de Bretaña.—¿Aquellos insulares son cristianos? añadió Gregorio.—Son todavía paganos, replicó el comerciante.—¡Oh dolor, exclamó Gregorio, tan hermosas frentes contienen todavía una inteligencia privada de la gracia interior de Dios! Y preguntó á qué nacion pertenecian. Habiéndole respondido el comerciante que eran Anglos, Gregorio, fijándose en la palabra cuya pronunciacion latina se confundia casi con la de *Ángeles*, dijo: «Están bien llamados, por que tienen rostros angelicales, y así deben ser en los cielos los hermanos de los ángeles.» Conmovido al ver tan noble raza privada de la luz de la fe, Gregorio se consagró á su conversion. Estaba ya de camino, cuando la noticia de su marcha puso en agitacion al pueblo, de quien era muy querido por su energía y por sus virtudes. Gregorio se vió obligado á volver (1).

Aun cuando Gregorio no haya podido llevar por sí mismo el Evangelio á los Anglo-Sajones, no por eso deja de ser el apóstol de Inglaterra: «Nosotros somos la muestra de su apostolado», dice *Beda el Venerable* (2). Elegido papa, volvió á emprender la obra de su conversion; envió á Agustin, prior de un monasterio que habia fundado en su palacio del monte Aventino, con cuarenta compañeros á traves de las Galias á la isla que los Romanos estaban acostumbrados á mirar como el último límite del mundo. Llegados á las Galias faltó el ánimo á los monjes; no se atrevian á aventurarse en un país lejano y bárbaro, en medio de un pueblo salvaje cuya lengua desconocian; pidieron á Gregorio permiso

(1) MIGNET, *La Germania en el siglo VIII*, segun BEDA, *Hist. eccl.*, II, 1.—PABLO DIACONO, *Vita Gregorii Magni*, c. 17-19.

(2) BEDA, *Hist. eccl.*, II, 1.

para volverse á Roma. El Papa los reanimó con su ardor; les mostró la felicidad eterna como recompensa de sus trabajos (1). Gregorio solicitó la proteccion de los reyes francos y de Brunquilda para los misioneros, y se lamentó de que los obispos próximos á los Anglo-Sajones no hiciesen nada por convertirlos (2). Los papas, poniéndose al frente de la propaganda, echaron los fundamentos de su grandeza futura. El imperio pertenece al más digno.

Gregorio dirigió sus monjes á Ethelberto, rey del país de Kent, el más poderoso de los jefes anglo-sajones. El Papa excitó su ambicion: «Dios protege á los príncipes que propagan el Evangelio; Constantino ha sido el más grande de los emperadores por haber recibido el bautismo. El rey anglo-sajon será el Constantino del Norte si destruye los templos de los ídolos.» Gregorio tuvo cuidado de añadir que la nueva religion debia conducir á la reforma de las costumbres, y que tocaba al rey el dar ejemplo de todas las virtudes á sus súbditos (3). Los intérpretes francos que los señores de las Galias habian dado á Agustin se presentaron á Ethelberto y le dijeron que hombres venidos de lejos le ofrecian un reino sin fin si queria creer en sus palabras. «Estas promesas son magníficas, dijo el rey bárbaro á los Romanos; pero como esto es para mí completamente nuevo, no puedo de repente darles crédito y abandonar la creencia que profeso con toda mi nacion. Sin embargo, puesto que habeis venido de lejos para comunicarnos lo que vosotros, segun me parece, juzgais útil y verdadero, no os maltrataré; os daré provisiones y alojamiento, y os dejaré en libertad de publicar vuestra doctrina y de persuadir á quien podais» (4). La vida santa de los religiosos hizo prosélitos para la fe que predicaban: «Vivian, dice *Beda*, como los apóstoles de la Iglesia primitiva, despreciando las cosas de este mundo, no recibiendo nada de sus discípulos más que lo absolutamente indispensable para su existencia, dispuestos á sufrirlo todo, hasta la muerte, por Jesucristo. Muchos creyeron y se hicieron bautizar, admirando la sencillez y la inocencia de los misioneros, la dulzura

(1) BEDA, *Ib.*, I, 24.—GREGOR. MAGNI, *Epist.* VI, 51 (t. II, p. 829).

(2) GREGOR. *Ep.* VI, 58 y sig. (t. II p. 834).

(3) BEDA, *Hist. Eccl.*, I, 32 (traduccion de THIERRY).

(4) *IBID.*, I, 25.